

SOBRE LAS PALABRAS DE OTRO

Texto de Humberto Junca Casas

Esta es una muestra inquietante, incómoda. Por un lado parece ser una oda al libro, y sin embargo lo hiere, lo destruye en un gesto de vandalismo controlado, en un crimen exacto, bien urdido y realizado, donde la autora intelectual es la misma persona que lo llevó a cabo. Lo que vemos aquí es el fruto de unir mente y cuerpo en pos de un delito perpetrado con inteligencia y habilidad, delito que no tiene un carácter conclusivo; y esto lo hace aún más incómodo porque está lleno de silencios, de vacíos. ¡Doble delito, entonces! Como una buena criminal, Maite Ibarreche se cuida de dejar rastros y huellas en el lugar de los hechos. Su corte intenta ser preciso, limpio, neutro: no vemos gestos o estilos propios.

Técnicamente, Maite pretende ser una caladora, una máquina (quizás parecida a la fotocopiadora en que soñaba convertirse Warhol) o una rigurosa y afilada operaria que se antoja fría, distante. Una operaria callada, que cuando habla (y eso queda claro en el título de la muestra), habla con las palabras de otros. Sin embargo, la repetitiva operación que ejecuta no es la mera imitación o apropiación (el calco o el readymade); ella se basa en el collage, la pegadura, el injerto, la unión forzada de aquello que no debería ir junto.

El primer collage se atribuye a Picasso, quien a través de él enalteció el caos, el fragmento, la suciedad y la apropiación, retando los valores del arte moderno y todo el sistema de representación hasta entonces empleado (orden, unidad, “pureza” y la cara idea del gesto maestro). El collage, construido con ruinas y reflejo de las mismas, fue un método de emergencia, una acción urgente, crítica e incorrecta que subrayó la mentira, la apariencia escondida, el error (el horror) dentro de una sociedad positivista e industrializada que tiempo después daría inicio a una guerra mundial y echaría abajo todas sus estructuras.

Pero a diferencia de Picasso, Maite Ibarreche no hace pegaduras cubistas, y más importante aún, parece no forzar nada, no obliga, no se impone por completo; no pretende superar la ruina, sino contemplarla, reorganizarla y editarla, quizás buscando darle un sentido. Así, su quehacer tiene que ver más con la redacción, con la corrección de estilo o con la edición cinematográfica. Ella acomoda fragmentos de información y los reorganiza, no en un orden ejemplar, vertical y dogmático; sino en uno imperceptible, extraño, horizontal (como las repisas de una biblioteca). El suyo es un orden poético, irónico y quebrado, de fisuras y caprichos, como en sus acuarelas de libros en cuyos lomos se leen, fragmentados, versos de Jorge Eduardo Eielson y Walt Whitman. El suyo es un orden “femenino”, horizontal, receptivo, intuitivo, salvaje, natural, que casi toma como lema ese “Deja las palabras, la música y el ritmo...” (tomado del “Canto a mí mismo” de Whitman, que continúa así: “...apaga tus discursos; tumbate conmigo en la hierba”). Las piezas de Maite nos incitan a dejar de pensar tanto; y sentir.

Como en una venganza natural, Maite transforma un libro y lo vuelve árbol (hojas de árbol); o toma un atlas, ahoga continentes y países y los vuelve puro mar. Y su magia liberadora no produce

cataclismos ni maremotos pues opera simbólicamente; al trabajar con los contenedores del conocimiento y “la verdad” (el libro, la palabra y el papel), su acción es sutil como poema o como canto personal; Maite evita así que su obra se cargue con el peso y la brutalidad homogenizante que tienen los himnos.

Ella edita y corta con fuerza, rigor y autocontrol, en una labor constante, de largo aliento, que parece fácil y que no lo es. Hace filigranas preciosistas como las mujeres de antaño; pero en vez de tejer manteles en crochet, acuchilla, penetra y somete los volúmenes de esa biblioteca antes reservada al mundo masculino. Trocando manualidad y conocimiento, cambia el mundo. O al menos, cambia su mundo y desafía los prejuicios de su propio aprendizaje, llevando a cabo una revolución privada, individual (quizás más eficaz que las grandes revoluciones fallidas, pues siempre puede hacer lo que le venga en gana y salirse con la suya).

Se dice que el papel lo aguanta todo; sin embargo, ahora que los libros (el conocimiento), la pornografía (el sexo) y el dinero (la economía) parecen mudarse al reino digital, el dominio del papel se ha puesto a prueba. Hoy, cuando bajo la tiranía de lo virtual atestiguamos la supuesta muerte de lo privado y experimentamos un aceleramiento del tiempo, este trabajo con libros y papel puede antojarse melancólico, inútil o pasado de moda (significativamente podría ser comparado a lo que haría una monja, una abuela, una loca); pero justo gracias a esa obsolescencia en el proceso y los materiales, esta labor solitaria es pura resistencia cultural: un gesto desafiante contra lo preestablecido.

Al exprimir las posibilidades del mundo íntimo (donde todavía se disfruta mejor del sexo, la pornografía y la lectura) como espacio para la transformación de la materia, lo que Maite Ibarreche parece dar a entender es que un cuestionamiento de las estructuras de la razón puede llevarse a cabo desde el quehacer y el placer, desde nuestra relación física con los objetos. Los libros evidencian la relación entre cuerpo y mente, de la misma manera en que estas piezas nos hablan no sólo desde su contenido sino también desde su forma, su peso, toda su fisicidad.

En su obra Maite Ibarreche pega cuerpo y mente, arte y vandalismo, masculino y femenino, propio y ajeno, privado y público, destrucción y belleza, las palabras y las cosas... y el objeto y el vacío. Y en la bella filigrana resultante subraya el silencio y el secreto que guarda. Quizás en última instancia lo que su obra nos hace saber (y sentir) es que pese a todas las palabras, propias o ajenas, a veces lo más importante es lo que no se dice.

-Humberto Junca Casas
Noviembre 2013